

TEMA XIII

Propuesta por el Excmo. Sr. D. Mauricio López Roberts,
Marqués de Torrehermosa.

Un cuento de asunto Toledano.

LEMA: Adorábitus in loco ubi steterunt pedes ejus.

(PREMIO)

Por el año 1560 vivía en Toledo Lorenzo de la Puente, «Maestro de hacer espadas», mesonero de buen mesón, aunque no tan afamado como el del Sevillano, cercano al suyo, maestro de la cera en San Nicolás, cobrador de tributos de la cofradía, hombre de buena letra y no mala cara, de inclinación picaresca y muy pagado de su arte; bastante marrullero y medianamente discreto; veedor no sólo en su oficio, que todo lo veía, aprendía y criticaba; donoso, socarrón y poco temeroso de Dios; amante de su mujer, no ya con yugo amoroso, pues ambos eran más viejos que mozos, sino de agradecimiento a los cuidados de ella y a su buena compañía y mejor consejo, en tanto trance desasosegado como padeció en su poco apacible vida, pródiga en inquietudes. Llamábase su compañera Ana del Campo, mujer avisada y discreta que jamás rió donaire de su marido, a quien, tirando de las riendas y oponiendo medida a sus sinrazones, libró más de una vez de cometer cualquier desaguizado, evitando en su casa presencia de la justicia, atemorizadora de conciencias turbadas y aun serenas. Indignaba a nuestro Lorenzo que le interpelaran como huésped, y a voces llamaba a su buena mujer, para que luego acudiese y atendiera a quien llegaba; y decimos que repudiaba el oficio de mesonero, porque a todos decía que era sólo espadero y de los mejores. Hijas tenía y no decimos cuántas, pues

él no lo dijo nunca, ni aún que las tuviera, por estimar que era punto menos que deshonor no disfrutar de hijo alguno continuador de su buena fama de espadero, ducho como él en donaire, y a quien hubiera establecido holgadamente en la mismísima calle de las Armas, aunque para ello diera fin a los dineros suyos y de los cofrades, que en mala hora le eligieron mayordomo de los propios.

Trabajaba en un apartado zaquizamí de su propio mesón, demasiado ventilado en invierno y calurosísimo en verano; y tantas veces como propuso a su mujer establecerse en taller, ella, con buenas razones, convencíale de que tanto daba golpear hierro en un desván como en el propio palacio arzobispal, y de que sus espadas, ya afamadas, no habrían de venderse más ni mejor en otro lugar que allí mismo, donde tantos entraban y salían y admiraban su obra, que él se encargaba de ponderar y mostrar. Siempre andaba espada en mano, pues las acicalaba en el mismo patio, donde gentes de toda condición, curiosos unos y desocupados los más, iban a admirar la todavía no acabada hoja, que pulía, miraba y remiraba y hasta sometía (cuando entre gentes de tan abiertos ojos adivinaba alguna de no menos abierta bolsa) a duras y convincentes pruebas. Sin darse por advertido de curiosidad en quienes le observaban, doblaba hasta casi hacer un aro la hoja, golpeaba piedras, acuchillaba paredes y, si el caso lo requería, sacaba virtutas de una argolla de hierro, sujeta a la pared, argolla que más se utilizaba, según podía echarse de ver por tanta mella, para aquel menester, que para el que pudiera estar allí dispuesta.

Este Lorenzo, de quien tanto hablamos, gozaba diariamente con la visita de un viejo espadero, que con su hijo venía al mesón. Padre e hijo llamábanse Tomás y Luis de Ayala, y ya el mozo aventajaba en el oficio al padre, a quien estaba llamado a suceder en la regencia del buen taller, que en la calle de las Armas competía con los más afamados y mejor dispuestos. Dos veces compadres eran Tomás el viejo y Lorenzo, que tuvo en la pila de la Magdalena a Luis el mozo, y el padre de éste a una de las hijas de Lorenzo. Luis andaba enamorado de la única que quedaba doncella; enamoramiento que ignoraban ambos padres, y aún podía creerse que la doncella misma, que así de recatado era el galán, como su adorada. Conformábase, al parecer, sólo mirándola y suspirando a ratos, cosa no advertida por los viejos espaderos,

que frente a sendos vasos de rubio vino de Yepes, departían hoy, de si la Corte quedaba o marchaba; mañana, de cuántas y tan diversas gentes poblaban la ciudad, encareciéndolo todo, y todos los días, de las cosas de su común oficio. Cierto que corrían tiempos, nunca recordados en Toledo, donde a la sazón todo pícaro tenía campo donde ejercer como tal; en que gentes de todas las tierras y de todas las castas entraban y salían, subían y bajaban; escuchándose las lenguas más raras y diversas; luciéndose los más extraños trajes y viéndose las más torcidas cataduras.

Marchaban a Zocodover al caer la tarde los dos viejos amigos, y en una hora que allí permanecieran, veían desfilar y se cruzaban con los tipos más distintos: menestrales y soldados; clérigos y magnates; mujeres de baja estofa; gentes de pueblos vecinos, venidas a una compra o a una intriga, que en un día no pudieron hacer y se quedaban a pasar la noche; una gran dama con su arriscada dueña; varios napolitanos, inconfundibles por su atavío; turcos, soldados borgoñones y walones; alguaciles, mozas de partido; embajadores y cortesanos; chiquillería gritadora; embozados; tal cual familiar del Cardenal Fray Bartolomé Carranza, preso a la sazón en Roma; dos comediantas, muy conocidas por sus vestidos y por sus desnudos; vendedoras de fruta; un orfebre exquisito; tal escritor insigne; un escribano de número; jugadores de ventaja; un pintor célebre....

Tal era el tráfago y tan grande el afluir y refluir de la multitud mezclada y revuelta, que pronto tornábanse fatigados al mesón los dos armeros y Tomás uníase a su hijo, que hasta entonces y a la vista de Ana, conversaba animada y enamoradamente con Isabel la moza; que tan concentrado y silencioso como se mostraba ante su amada Luis el mozo, presente Lorenzo, era de locuaz y animado y amoroso, cuando sólo Ana era testigo de sus prudentes y respetuosas expansiones. Digamos ya que la madre veía con buenos ojos esta afición, y no determinada aún a ponerlo en conocimiento de su esposo, iban pasando los días y los meses con tal ocultación.

Poco o nada curábase Lorenzo de cuanto pudiera acontecer en este negocio, pues si pensó alguna vez en que su última hija llegara a casar, comprendió al punto que la madre evitaría malos pasos o torcida elección en la muchacha, bella como flor de Mayo, con rosas en sus mejillas, cielo en sus ojos, clavel y nácar en su diminuta boca y tan buen talle y proporcionada estatura,

que sería imposible sostenerla con nada más lindo que sus pies, ni coronarla con otro oro que el de sus cabellos.

Era el caso, que Lorenzo el espadero juraba y perjuraba que si las otras hijas habíanse casado con maridos de otro oficio, aunque ricos, su último yerno, para serlo, había de forjar una espada de tan fino temple como la mejor de las suyas, y de no lograrlo, con el fracaso de uno iría la oposición abierta del otro; que si no consiguió hijo, sí quería un yerno tan hábil espadero como él.

Sabido esto por el pretendiente, antes que dar a conocer su pasión, procuró adiestrarse en su oficio y trocaba la propia por otra espada de Lorenzo, y la tenía, estudiaba y probaba en su propio taller, volviéndola al siguiente día, cautamente y ayudado por Isabel, evitando así que Lorenzo conociera los frecuentes cambios.

Bien sabido está que tan difícil es ocultar el amor como el dinero, que el amante y el rico demuestran al cabo tales, por mucho tiento que pongan en disfrazarse.

Dicho esto, compréndese que llegó pronto la hora en que Lorenzo supo los callados amores de su hija y no los desaprobó, pues tras la sorpresa, vino el considerar las buenas partes del galán enamorado, la mejor, según pensaba, ser hábil espadero y muy capaz, si se lo proponía, de fabricar espada que hendiese hasta una roca. Tampoco Tomás de Ayala dióse por descontento al ser sabedor de aquel cariño, pues admiraba a la hija de Lorenzo, tanto por su serena hermosura, como por su humildad, dulzura y discreción, y más que, como viudo que era, ansiaba la presencia de una mujer sensata en su casa, nave sin timón, cofre sin cerradura, espada sin filo. Pero es el caso, que el diablo, que todo lo cambia y enreda, hizo un día llegar al mesón de Lorenzo el viejo a un lacio y curtido soldado, pendenciero de suyo, aunque decía que era vicio que le quedó de su rudo guerrear en Italia y en Francia; astuto como soldado que se bate y no cobra y tiene hambre y más sed; poco amigo del sosiego y un mucho de los azares del juego, tan semejantes a los de la guerra, donde lo que hoy se gana piérdese mañana, y, amator de toda mujer que se pusiera al alcance de su palabra fácil y mentirosa, y de su ya oscurecida y turbia mirada. Bronca la voz, por, según contaba, haber cruzado el Somme, agua al cuello, hablaba muy quedo, tratando así, de encubrir su defecto. Bien pronto hubo

de cejar en su empeño de enamorar a la hija de Lorenzo el viejo, pues sus donosuras cayeron como agua en cestillo, y su fuego lo apagó el frío proceder y la estudiada y firme indiferencia de la esquiva muchacha.

Una tarde en que el soldado y Lorenzo dieron buena cuenta de hasta cuatro jarros de vino de la tierra, confesó éste al primero los amores de su hija con Luis el mozo. Gran pesadumbre sufrió Diego de Vargas, que así se llamaba el nuevo personaje de esta historia, que parece cuento, pero hubo de disimular, tratando de escudriñar la conciencia del viejo Lorenzo. «Es el caso, díjole éste, que no tuve varón de mi matrimonio con Ana del Campo a quien ya vuesa merced conoce. Por cierto, señor soldado, que me he jurado a mí mismo no dar mi hija en matrimonio más que a un artífice tan buen sabedor del oficio de espadero como yo lo soy, mantengo y pruebo. Mis otras tres hijas casáronse ya, pero ninguno de mis tres yernos forjaría una espada, sino que tengo para mí que ni aun saben tenerla en la mano y eso que précianse de hidalgos.» «Hidalgillos de poco más o menos, repuso Diego, deben ser, si es cierto lo que usarced dice, que si cosa hay en este mundo que por sí sola pueda representar la hidalguía, digo y afirmo que es la espada.» Y desciñéndose la propia y poniéndola amorosamente sobre sus rodillas, como a un tierno hijo su madre, siguió diciendo: «Tan cierto como estoy aquí sentado, y en este patio, es, señor espadero, que esta buena espada que aquí véis perteneció al capitán de mi compañía. En San Quintín tuve la honra de salvar su vida cuando luchamos con d'Andelot, Dandelote o como se llamara aquel francés. Sepa vuesa merced que mi capitán perdió su espada cuando peleaba contra más de cuatro enemigos, y siguió defendiéndose con otra que arrebató a un mal herido, que en tierra yacía; lo cual, visto por mí, hízome ir en su socorro con dos arcabuceros; buena cuenta dimos de quienes de tan mala manera le atacaban y hubieran de seguro muerto, y cuando arrebaté la vida al que luchaba con pie puesto sobre la caída espada de mi capitán, la alcé del suelo y me honré, ofreciéndosela; pero mayor fué mi honra cuando el capitán, tomando la mía ensangrentada, me expuso que se daría por muy satisfecho conservándola a cambio de la suya, que, como véis, es muy rica, bien templada y no peor enriquecida con estas labores y grabados, que juraría son de finísimo oro.» «Buena espada es, dijo cogiéndola y sacán-

dola de su vaina Lorenzo el viejo, aunque algo descuidada por lo que estoy viendo. No resistiría de seguro alguna prueba de las sufridas por las que forja este humilde servidor vuestro.»

«Muy pronto lo decís, señor espadero, repuso Diego picado; esta espada es tan firme y de entereza tanta, como he visto en muchas ocasiones, que dudo exista otra que pueda aventajarla. Desde esta corta altura, añadió, señalándose la rodilla, dejándola a su peso y sin impulso alguno, agujerea hasta tres escudos, puestos uno sobre otro en el suelo, lo que no he visto hacer ni con las espadas del perrillo.» «Ta, ta, ta, dijo a esto Lorenzo; ríome en buena hora del perrillo que más ladra que muerde y aun del temple de vuestra espada», y, yendo precipitadamente donde las suyas tenía guardadas, volvió con una y sin decir palabra, dirigióse a una reja, que allí cerca había y dió sobre ella y sesgadamente a los barrotes tres buenos golpes. Agachóse y tomó del suelo algo de muy pequeñas dimensiones, y acercándose al grupo donde ya su mujer, su hija, Diego y algunos trajinantes, aguadores y otros curiosos estaban, dijo; «Ved, ved ahí, señor soldado, como está de limpia, lisa y nueva esta hoja que parece acabada de acicalar ahora mismo; y ved también estos cachos de hierro que perdió la barra al golpe de la espada.» Y empuñándola como un caudillo prosiguió: «La Peña de Udala tuvo en sus entrañas el metal tan bravo, mi maestría lo forjó y aguas del Tajo y gotas de mi sudor le han dado temple; digna espada del Cid o de Quijano, de Gonzalo o de Pizarro, dueños de corazones esforzados y de fuerte brazo; autores de empresas cantadas en romances, amos de la fama y señores de la gloria. Hasta la misma punta llega el latido de mi corazón y el alma fiera de esta tan recia hoja, es un rayo de sol capaz de hendir hasta el granito. No recité plegaria de embrujamiento al darle temple, pues bastóme la experiencia de mis canosos cabellos, tan plateados como este acero, brillante como la mirada de los héroes. No ya tres escudos, también cinco, pasará esta hoja y, diciendo y haciendo, echó mano a la bolsa y puso en columna sobre el enladrillado suelo los escudos dichos; tomó del pomo, levantó hasta sus ojos y soltó la espada, cuya fina punta atravesó los dineros, que presentó ensartados al asombrado grupo, en el que ya estaban Tomás y Luis de Ayala, llegados a tiempo de presenciar lo hecho por Lorenzo. Bien están las pruebas, dijo Diego y bien lo dicho por vuesa merced, a falta de una cosa. Dígala luego, señor

soldado, exclamó Lorenzo. Es ello, siguió Diego de Vargas que no es cierto, ni podrá serlo nunca, que esta espada taje, hienda, y ni aún arañe el granito sin embotársele la punta. Puede ser, pero yo prometo forjar una hoja tan recia, que a la piedra más dura sacará pedazos. Siguió a éstas con otras razones, y a pesar de las buenas que le dieron para disuadirle de su empeño, su esposa, Tomás de Ayala, voto de calidad en la cuestión y hasta su hermosa hija, él persistió y propuso le señalaran piedra y le dieran tiempo. Apaciguáronse los ánimos, pero en el de Lorenzo quedó bien firme el propósito ya dicho. Bebieron unos vasos de lo añejo y todos juntos encamináronse hacia el brasero de la Vega por ver si era cierto que faltaban dos, de los seis palos con argolla, colocados para un auto del Santo Oficio de la Inquisición. Por aquellos años, es fama que había en Toledo muchos ladrones, que mandaban ahorcar los alcaldes de corte y justicias de la ciudad. No fué poca parte ésta de los ladrones, autores de grandes hurtos, ni tampoco pequeña la escasez y no buena disposición de viviendas y carestía de todo, para hacer que muchos cortesanos desearan la marcha de la Corte; aunque ya había llegado y sido recibida con toda pompa y alegría y danzas y desfiles y descargas y alegorías y mil suertes de invenciones artificiosas, torneos y comparsas, la reina Isabel. No era bastante la buena inclinación de las gentes, ni su buen deseo, para hacer olvidar ni aun menguar en algo sinsabores, estrecheces o cualquiera falta, desarreglo o desorden padecido por los cortesanos que cuando no había de qué, aquejábanse de calor y sequía, si no de mucho frío y grandes nevadas. Estas y otras cosas iban platicando nuestros amigos sin ser escuchada ninguna por Isabel y Luis el mozo, que marchaban ajenos a todo lo que no fuera darse a conocer su mútuo y gran cariño. No sabéis, Luis amigo, dijo la doncella, cuánto me preocupa y el temor que me da, la amistad y trato de ese mal llegado soldado con mi padre, a quien basta poco para sobresaltarse y cometer locuras. Tengo por seguro que construirá una espada con intención de cumplir lo que ha dicho y el no conseguirlo le dará gran pesadumbre, pues se tiene por muy buen espadero. Y que fracasará su intento es cosa descontada, pues ¿cómo ha de haber en todo el mundo espada tan dura, que pueda con la piedra sin sufrir mella ni deterioro? Y si no, decídmelo vos que sabéis bien el oficio. No creo, repuso el mozo, ni a vuestro padre ni a nadie, capaz de forjar la tal espada y por ello pienso que

vuestra buena madre debe tratar de todos modos de disuadirle para evitar mofa en menoscabo de su prestigio de persona discreta, y fracaso que menguará su buena fama de espadero.

Pasáronse los días, y al cabo de más de veinte, supo Ana del Campo, por su hija, que Diego apostara con Lorenzo quinientos reales. Hace ya seis noches, madre mía, que hube de escuchar desde mi aposento las palabras de mi padre y ese señor soldado que tanto viene a visitarle, aunque sé que no es sólo su compañía la que busca; pero voy a lo que importa. Me huyó el sueño de los ojos por la desazón de la calor y acerquéme a la ventana, y de allí ví cómo ese Diego y mi padre casi disputaban. Era ya más de media noche, y, en el silencio de ella, pude oír, a pesar de lo velado de la voz de ambos, cuanto dijeron; y ello es que, como siempre, andaban a la greña de si la espada hacía esto o lo otro o dejaría de hacerlo. Agrióse la conversación; pues ya sabéis, madre mía, cómo mi padre se pone de malhumorado cuando de este negocio se trata, y vino a apostarse con Diego quinientos reales a que partía pedazos de la piedra que éste señalase para la prueba; y ahora viene, madre mía, lo que me quita el sosiego y el sueño y me hace temer algún mal para mi querido padre. Y es, siguió diciendo a su desazonada y ansiosa madre, que la piedra de la prueba es la misma donde la Santa Virgen puso los pies y que sabéis está expuesta en la Catedral a la devoción de las gentes; cosa que Diego hace por creer, sin duda, atemorizar con el sacrilegio a mi padre y temer acaso que si es en otra piedra pueda perder su apuesta. Yo haré, dijo Ana sollozante, que tu padre ceje en su empeño, pues es tentar al cielo y éste ha de enviarle terrible castigo y a nosotras mismas si se lo consentimos. Salió en esto la prudente madre a avistarse con su esposo, que martilleaba, según oía, en el desván de forja, y llegando a él, con lágrimas en los ojos y el desasosiego en todo su cuerpo, le dijo que sabía su apuesta, que no hiciese caso del malhadado soldadote, exponiéndose a caer en pecado, que la Inquisición haría pagar con la horca o con el fuego y el cielo con el infierno. Dejad, amado esposo, esta cuestión y venid a razones y envid enhoramala a quien se dice amigo y busca vuestra perdición y nuestro mal; bien veo que ignoráis el amor que confesó a nuestra hija, y el desprecio de ella quiere cobrarlo con el daño vuestro y de todos nosotros. ¿Por qué ha de ser esa,

y no otra la piedra para probar la espada, si no porque teme la forjéis tan recia que ganéis la apuesta? Comprended, Lorenzo, cómo obra de torcidamente y no déis ya nunca oído a sus malas razones. No temáis, Ana, dijo a esto Lorenzo, que me ocurra mal alguno, pues he de llevar a cabo la prueba de noche o al caer de la tarde, sin otro testigo que Tomás el viejo. Y fuérame más en mi empeño, el conocimiento del amor que por nuestra hija siente ese malvado, pues lo es, y tenéis razón, diciendo que busca mi afrenta en venganza de su desaire. Mas no será pequeño el mío si no lo afronto todo y aunque no quiero decir que no temo castigo divino, tampoco lo espero, pues mi intención no es de pecar, y sí de dejar mi buena fama incólume. Repuso a esto Ana que su fama no habría de ganar ni perder en esta porfía, pues la falta de festigos traería silencio a su triunfo o a su fracaso. Con éstas y otras pláticas siguieron largo rato, comprendiendo al cabo Ana lo inútil de su intención de hacer desistir a Lorenzo. Comunicó a su hija la entrevista y decidieron al siguiente día, pedir consejo a Luis de Ayala, pues del padre de éste temían que antes aprobaría la decisión de Lorenzo que le disuadiera. Y así lo hicieron aparte, y comunicaron al galán todo lo ocurrido, el cual ya enterado, dijo: bien veo que en este negocio no hay modo de impedir que Lorenzo el viejo haga lo que se ha propuesto y creo dé lugar buscar el medio de que no se lleve a cabo el sacrilegio, ni tampoco quede como peor espadero de lo que cree ser. Cosas son éstas tan contrarias, que conseguir una es perder la otra, dijo Ana; a lo que repuso el mozo: estudiaré la manera de hacer una espada igual a la de Lorenzo en todo, pero con un artificio en su hoja, que permita a ésta esconderse encogiéndose dentro del puño, a modo de esas que emplean los pícaros de la pantomima, simulando atravesarse o tragar un estoque hasta la cruz. No será esta buena salida, dijo Isabel, que al ver la piedra libre de golpe y deterioro caerán pronto todos en la cuenta del engaño; más vale que la hoja se quiebre en pedazos, como ocurrirá si se atreve mi padre a esgrimirla contra la sagrada piedra, y por si no cumple a Nuestra Señora hacer este milagro, pienso que lo más acertado es que la espada fabricada por vos sea de pobre temple para no aguantar sin quebrarse el choque. Yo misma habré de cambiársela después de probada la que mi padre forje y si no advierte el engaño al pronto, no lo sabrá nunca de turbado que quedará si ve la que cree tan recia espada hecha mil

pedazos que podéis recoger vos mismo, para evitar, si duda, que luego los remire y sopesé y pueda comprender el fraude.

Mostráronse conformes Ana y el mozo con este recurso, y ya pasados varios días que empleó Lorenzo en su obra, pero ocultando de todos su trabajo, tanto como antes lo mostraba, pudo Luis penetrar en el aposento del viejo, aprovechando una corta ausencia de éste y vió hasta cuatro hojas iguales de tamaño y forma, sin desbastar aún, pero muy bien forjadas y sin pelo, grieta ni falta ninguna; tomó las medidas de la espiga a la punta y al no ver guarnición ni monterilla de empuñadura preparada, comprendió que aún no había fabricado otra cosa que las hojas que a su vista tenía. Salió tan cautelosamente como entrara, y convino con las mujeres en que le darían aviso del momento en que comenzara el viejo la empuñadura, para él hacerse otra en todo semejante.

**

Ni el paso del tiempo, ni el olvido, ni el cambio de costumbres resta valor a aquello que el genio creó, poniendo en la obra más espíritu que materia. El perdurar eterno de las almas, lleva consigo la vida eterna también de sus obras. Y en ningún lugar puede comprobarse esto como recogiendo el ánimo bajo las austeras al par que graciosas naves de la Catedral de Toledo. El amante de las artes, por serlo, el profano, por conocer lo que ignora, el extranjero, el creyente o el ateo, todo el que sienta hondo, se ha de sobrecoger de admiración ante una obra en la que en cada piedra hay hálito de vida, latir de corazones devotos, murmullo dormido de plegaria, rastros de sudores, pátina de siglos, evocación de milagros. La imaginación no reposa, movida por tanto recuerdo, espoleada por el ansia de comprender cuanto la vista alcanza, la memoria viaja sin cesar y la quietud y el silencio no son de tumba, sino de mar en calma; allí reina la muerte, aquí la vida, aunque no se percibe al pronto. ¿Y cómo no ha de latir vida si dedicaron y consumieron la suya tantos artistas de la pintura, de la escultura, orfebres, vidrieros, marmolistas y rejeros? La contemplación de tanta maravilla, trae al ánimo absorto las más variadas impresiones. Mármoles de todos colores, esculpidos formando las más caprichosas tallas y figuras;

plata labrada en lámparas, imágenes y altares; lienzos y pinturas murales de gran belleza, verjas que agotaron una vida en su forja, retablos espléndidos, encajes de piedra, hornacinas y relieves, tumbas en lo alto y en el suelo, y todo tan armonioso siempre, igual bañado por la luz como de iris del sol atravesando las coloreadas y maravillosas vidrieras, que a la mezquina y oscilante de una lámpara de aceite; y como sus reflejos, van los ecos de los cánticos y rezos amorosamente a extinguirse, después de resbalar, besando la faz de piedras, mármoles, tallas y hierros, igual que las espiras del humo del incienso. La rugosa mano de los siglos lo ha suavizado y unido todo, de manera que cada cosa da idea de no tener mejor lugar donde asentarse y lucirse que el suyo, y allí no hay juntura ni grieta por la cual se escudriñe dónde empieza y acaba el mármol o la piedra o la madera o el hierro, que todo parece un sólo material acarreado y dispuesto por manos de ángeles; y así resultan las partes como el conjunto, tan armonioso, homogéneo y bien acondicionado, tal que en las mismas entrañas de la tierra están de unidos estrechamente la plata y el oro con la piedra, la piedra con la tierra, la tierra con la raíz y todo con la armónica disposición, con que lo repartió y compuso la mano de Dios.

.....

Ha terminado el coro; los canónigos y prebendados pasan a la sacristía, despójanse de sobre pellices y luego salen por las puertas de la Chapinería y del Niño de La Guardia. Quien reza dá fin a su plegaria, vánse los curiosos, escúchase chirriar de cerrojos y lento arrastrar de pesadas puertas; la hora del Angelus se acerca y las últimas claridades del día esfúmanse lentamente, semejando acojerse a los rincones y allí ocultarse. Los pertigueros pasean por el templo sigilosos.

Alguien susurra un rezo no se sabe ya dónde, y este rumor se borra con el producido por las pisadas de tres desconocidos; aproxímanse al lugar donde se venera la Santa Piedra; dos miran a su alrededor; el otro abre su capa y asoma su brazo empuñando recia espada. Hay un instante de quietud en los tres personajes. El armado da una estocada que no produce ruido ninguno, y al momento se oye el de caer como de cristales. La espada se ha quebrado en pedazos. Luis el mozo, Ana e Isabel anhelantes se aproximan a los desconocidos y la prudente Ana habla:

De nada sirvió que descubriérais el engaño nuestro y trajérais la espada forjada por vos mismo. Tanto vale una como otra para el menester en que queríais emplearla. La Virgen os perdone y su Divino Hijo. Ahí está la Santa Piedra y en ella hicieron mella las manos de los fieles que se acercaron fervorosos. Más dura es la piedra que sus manos, y no éstas, sino aquélla, es la que perdió, en el contacto, polvo divino que dejó sobre la humana carne. Ni un rasguño ha sufrido de tu espada. Toca y ve estas señales que tiene; pero toca con fe y con amor, con el corazón puesto en Dios; que esta Santa Piedra es emblema de fe, y tan sólo piadosos fervores la hienden y horadan.

¡La Virgen nos perdone y su Divino Hijo!

Mariano Campos Retana.
